

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo LI. Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevavan,
á Don
Quixote.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

CAPITULO LI.

*Que trata de lo que contò el cabrero à todos los que llevàvan
à Don Quixote.*

TRES leguas deste valle està una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas, que ày en todos estos contornos, en la qual avia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançava: Mas lo que le hazia mas dichofo (segun el dezia) era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la mirava, se admirava de ver las estremadas partes con que el Cielo, y la naturaleza la avian enriquezido. Siendo niña fuè hermosa, y siempre fuè creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fuè hermosissima. La fama de su belleza se començò à estender por todas las circunvezinas aldeas; que digo yo, por las circunvezinas no mas, si se estendiò à las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, que como à cosa rara, ò como à imagen de milagros, de todas partes à verla venian. Guardavala su Padre, y guardavase ella, que no ày candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guardan à una donzella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron à muchos, assi del pueblo, como forasteros, à que por muger se la pidiessen: Mas el, como à quien tocava disponer de tan rica Joya, andava confuso, sin faber determinarse à quien la entregaria de los infinitos que le importunavan; y entre los muchos que tan
buen

buen desseo tenian, fuè yo uno, à quien dièron muchas, y grandes esperanças de buen suceso, conoçer, que el padre conoçia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fuè causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, à quien parecia, que con qualquiera de nosotros estava su hija bien empleada: Y por salir desta confusion, determinò dezirlo à Leandra (que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto) advirtiendole, que pues los dos èramos iguales, era bien dexar à la voluntad de su querida hija el escoger à su gusto (cosa digna de ser imitada de todos los padres que à sus hijos quieren dar estado) No digo yo, que los dexen escoger en cosas ruynes y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escogan à su gusto. No sè yo el que tuvo Leandra; solo sè, que el padre nos entretuvo à entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligavan, ni nos desobligavan tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vays con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente; pero bien se dexa entender, que ha de ser desastrado. En esta fazon vino à nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar; el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes de ser soldado. Llevòle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doze años, un capitán que con su compañía por allí acertò à passar, y bolviò el ya moço de allí à otros doze, vestido à la soldadesca,

desca, pintado con mil colores, lleno de mil dices de cristal, y fútiles cadenas de azèro. Oy se ponía una gala, y mañana otra; pero todas fútiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo. La gente labradora (que de fuyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia) lo notò, y contò punto por punto sus galas, y presèas; y hallò, que los vestidos eran tres de diferentes colores con sus ligas y medias: Pero el hazía tantos guisados, è invenciones dellas, que si no se los contàran, huvièra quien juràra, que avia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veynte plumages. Y no parezca impertinencia, y demasia esto que de los vestidos vòy contando, porque ellos hazen una buena parte en esta historia. Sentàvase en un Poyo, que debaxo de un gran alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia à todos la boca abierta, pendientes de las hazañas, que nos iba coñtando. No avia tierra en todo el orbe, que no huvièsse visto, ni batalla donde no se huvièsse hallado. Avia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas singulares desafios (segun el dezia) que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombrava, y de todos avia salido con vitòria, sin que le huvièssen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostrava señaes de heridas, que aunque no se divisàvan, nos hazia entender, que eran arcabuzazos dados en diferentes encuentros y funciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamava de Vos à sus iguales, y à los mismos que le conocian; y dezia, que su padre era su braço, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado al mismo Rey no devia nada. Aña-



diòsele à estas arrogancias ser un poco mùsico, y tocar una guitarra à lo rasgado de manera, que dezian algunos, que la hazia hablar. Pero no paràron aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poëta; y assi de cada niñeria que pasàva en el pueblo componia un Romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este mùsico, y este Poëta fuè visto, y admirado muchas vezes de Leandra desde una ventana de su casa, que tenia la vista à la plaça. Enamoròla el oropel de sus vistosos trages: Encantàronla sus Romances, que de cada uno que componia, dava veynete traslados: Llegàron à sus oydos las hazañas, que el de si mismo avia referido; y finalmente (que assi el diablo lo devia de tenèr ordenado) ella se vino à enamorar del, antes que en el nacièsse prefucion de sollicitarla; y como en los casos de amor, no ày ninguno, que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el desèo de la dama; con facilidad se concertàron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayèsse en la cuenta de su desèo, ya ella le tenia cumplido, aviendo dexado la casa de su querido, y amado padre (que madre no la tiene) y ausentàdose de la aldea con el soldado, que saliò con mas Triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicàva. Admirò el suceso à toda la aldea, y aun à todos los que del noticia tuvièron. Yo quedè suspenso, Anselmo atònito, el padre triste, sus parientes afrentados, sollicita la Justicia, los quadrilleros listos. Tomàronse los caminos; escudriñàronse los bosques, y quanto avia; y al cabo de tres dias hallàron à la antojadiza Leandra

dra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosísimas Joyas, que de su casa avia sacado. Bolviéronla à la presencia del lastimado padre; Preguntàronle su desgracia; confesò sin apremio, que Vicente de la Rosa la avia engañado; y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadiò que dexasse la casa de su padre; que el la llevarìa à la mas rica, y mas viciosa ciudad, que avia en todo el universo mundo, que era Napoles; y que ella mal advertida, y peor engañada, le avia creydo; y robàndo à su padre, se le entregò la misma noche, que avia faltado; y que el la llevò à un áspero monte, y la encerrò en aquella cuèva donde la avian hallado. Contò tambien como el soldado, sin quitàrle su honor, la robò quanto tenìa, y la dexò en aquella cuèva, y se fuè: Sucèsio que de nuevo puso en admiracion à todos. Duro se nos hizo de creèr la continencia del moço, pero ella lo afirmò con tantas veras, que fuèron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le llevava, pues le avia dexado à su hija con la Joya, que si una vez se pierde, no dexa esperança de que jamas se còbre. El mesmo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevò à encerrar en un Monasterio de una villa, que està aqui cerca, esperando, que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvièron de disculpa de su culpa, alomènos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuèsse mala, ò buena; pero los que conocian su discrecion, y su mucho entendimiento, no atribuyèron à ignorancia su pecado, sino à su



desemboltura, y à la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte fuele ser defatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedàron los ojos de Anselmo ciegos, alomènos sin tenèr cosa que miràr, que contento le dièsse: Los mios en tinieblas, sin luz que à ninguna cosa de gusto les encaminàsse. Con la ausencia de Leandra, crecia nuestra tristeza, apocàvase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominàvamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertàmos de dexàr el aldea, y venìrnos à este valle, donde el, apacentàndo una gran cantidad de ovejas fuyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasàmos la vida entre los arboles, dando vado à nuestras passiones, ò cantando juntos alabanças, ò vituperios de la hermosa Leandra, ò suspiràndo solos, y à solas comunicàndo con el Cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido à estos asperos montes, ùfando el mismo exercicio nuestro; y sòn tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun està colmado de pastores y de apriscos: Y no ay parte en èl, donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldize, y la llama antojadiza, vària, y deshonestà: Aquel la condena por facil, y ligera: Tal la absuèlve y perdona; y tal la adjusticia, y vitupèra. Uno celebra su hermosura, otro renièga de su condicion; y en fin todos la deshonoran, y todos la adoran, y de todos se estiende à tanto la locura, que ày quien se quexe de desden sin avèr la jamas hablado; y aun quien se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de
los

los zelos, que ella jamas diò à nadie: Porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado, que su desseo. No ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no estè ocupada de algun pastor, que sus desventuras à los ayres cuente. El eco repite el nombre de Leandra donde quiera que puede formarse. Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene à todos suspensos, y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas Juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia; y al son de un Rabèl, que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino mas facil, y à mi parecer el mas acertado, que es, dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promessas muertas, de su fè rompida; y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar los pensamientos, è intenciones que tienen. Y esta fuè la ocasion, Señores, de las palabras, y razones que dixè à esta cabra, quando aqui lleguè; que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia, que prometì contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no serè en servirlos corto: Cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias, y fazonadas frutas, no menos à la vista, que al gusto agradables.

CAP -

